BIBLIOTECA
ACERVO DE LITERATURA
116351
PQ6455
A9

Imprenta de Hernando y C.ª, Quintana, 33.

LAS FORTUNAS DE DIANA.

No he dejado de obedecer á vuestra merced por ingratitud, sinó por temor de no acertar á servirla; porque mandarme que escriba una novela, ha sido novedad para mí, que aunque es verdad que en el *Arcadia* y *Peregrino* hay alguna parte deste género y estilo, más usado de italianos y franceses que de españoles, con todo eso, es grande la diferencia y más humilde el modo. En tiempo ménos discreto que el de ahora, aunque de más hombres sábios, llamaban á las novelas cuentos. Estos se sabian de memoria, y nunca, que yo me acuerde, los ví escritos; porque se reducian sus fábulas á una manera de libros que parecian historias, y se llamaban en lenguaje puro castellano *caballerías*, como si dijésemos: *Hechos grandes de caballeros valerosos*. Fueron en esto los españoles ingeniosísimos, porque en la invencion, ninguna nacion del mundo les ha hecho ventaja, como se vé en tantos *Esplandianes*, *Febos*, *Palmerines*, *Lisuartes*, *Florambelos*, *Esferamundos* y el célebre *Amadís*, padre de toda esta máquina, que com-

puso una dama portuguesa; el Boyardo, el Ariosto y otros siguieron este género, si bien en verso; y aunque en España tambien se intenta, por no dejar de intentarlo todo, tambien hay libros de novelas, dellas traducidas de italianos, y dellas propias, en que no faltó gracia y estilo á Miguel Cervantes. Confieso que son libros de grande entretenimiento, y que podrian ser ejemplares, como algunas de las historias trájicas del Vandelo, pero habian de escribirlos hombres científicos, ó por lo ménos grandes cortesanos, gente que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos. Yo, que nunca pensé que el novelar entrara en mi pensamiento, me veo embarazado entre su gusto de vuestra merced y mi obediencia; pero, por no faltar á la obligacion, y porque no parezca negligencia, habiendo hallado tantas invenciones para mil comedias, con su buena licencia de los que las escriben, serviré á vuestra merced con ésta, que por lo ménos yo sé que no la ha oido ni es traducida de otra lengua, diciendo así:

En la insigne ciudad de Toledo, á quien llaman imperial tan justamente, y lo muestran sus armas, habia no há muchos tiempos dos caballeros de una edad misma, grandes amigos, cual suele suceder á los primeros años, por la semejanza de las costumbres. Aquí tomaré licencia de disfrazar sus nombres, porque no será justo ofender algun respeto con los sucesos y accidentes de

su fortuna: llamábase el uno Octavio y el otro Celio. Octavio era hijo de una señora viuda, que dél y de una hija que se llamaba Diana, y de quien toma el nombre esta novela, estaba tan gloriosa como Latona por Apolo y la Luna. Acudia Lisena, que este fué el nombre de la madre, á las galas y entretenimiento de Octavio liberalmente, y con mano escasa y avara á su hija Diana, vistiéndola honestamente, de que á ella le pesaba mucho, porque es ánsia de las doncellas lucir su primera hermosura con las riquezas de las galas; y engáñanse en esto como en otras cosas, porque á la frescura de las rosas por la mañana, basta el natural rocío, que cortadas han menester el artificio del ramillete, donde tan poco duran como después ofenden. No erraba Lisena en componer honestamente á su hija, que una doncella en hábito extraordinario de su estado, no es mucho que desee cosas extraordinarias, y sea más mirada de lo que es justo. Diana mostraba alegría en la obediencia, y con discrecion notable no excedia un átomo sus preceptos; de suerte que ni en misa ni en fiesta pública fué jamás vista de la curiosidad ociosa de tantos mozos, ni hubo en toda la ciudad quien pudiese decir lo que ahora de muchas, con no poca reprehension del descuido de sus padres, que les parece que alabándolas y enseñándolas se han de vender más presto. Celio no los tenia, y era dotado de grandes virtudes y gracias

naturales; pienso que con esto he dicho que era pobre y no muy estimado de los ricos: sólo Octavio no se hallaba sin él; era tanta su amistad, que comenzando en otros por envidia, acabó en murmuracion y no poco disgusto de sus parientes, que se quejaron á Lisena de que en las conversaciones públicas los dejaba en viendo á Celio, y muchas veces sin despedirse. Lisena, ofendida del desprecio de sus deudos y del amor y estimacion de Celio, riñóle un dia más declaradamente que otras veces, y para daño de todos. Octavio, sintiendo el aljaba de aquellas flechas, y que con siniestra informacion deseaban quitársele, honestamente obediente le dijo que si supiera qué partes tenia Celio para ser amado y estimado, de ninguna suerte le hubiera reprehendido, ántes bien expresamente le mandara que no se acompañara con otro, y que habiendo conocido la deslealtad de otros amigos, la poca verdad, la inconstancia, el poco secreto y bajas costumbres, se habia reducido á querer tratar y conservar el caballero más noble, más discreto, más fácil, más leal, verdadero, secreto y de mejores costumbres que habia en Toledo, y que mirase que después que andaba con él, no le habia dado disgusto ni sacado la espada; porque Celio era pacífico, y tan prudente y cuerdo, que componia todos los disgustos que á los demás caballeros se ofrecian, y que con su entendimiento habia solicitado tanta autoridad

entre ellos, que le tenian envidia de que él le favoreciese y con tan justa razon se le inclinase. Atenta estuvo Lisena, y sin responder á Octavio, porque conoció que era verdad lo que le decia, y jamás habia oido cosa en contrario; pero más lo estuvo Diana, que oyendo tantas alabanzas de Celio, sintió una alteracion súbita, que blandamente le desmayaba el corazon y le esforzaba la voluntad; queria defender á su hermano, y decir algo de lo que habia oido de Celio, y por no dar conocimiento de lo que ya le parecia que requeria secreto, recogió al corazon las palabras, al alma los deseos, y dijo con los colores del rostro lo que calló la lengua.

Pasados algunos dias, cierta señora de título, prima suya, y algunas hermosas damas, sus amigas, se fueron á holgar y entretener, más que á visita de cumplimiento, en casa de Lisena, dándoles ocasion la paga y fianza que Diana habia hecho á su hermano, que la víspera de la fiesta de su dia le habian colgado; uso notable de España, y de tiempos inmemoriales usado en ella. Rogó Octavio á Celio que se fuese con él aquella tarde á su casa, que bien podrian estar donde aquellas damas no les viesen; y así, se entraron en una recámara que habia sido de su padre, pieza bien apartada de la conversacion de aquellas señoras; pero no lo ué tanto como Octavio habia imaginado, porque con el alboroto de los huéspedes y el no fiarse todas las cosas de las criadas,

Diana fué á sacar de un camarin algunos vidrios ó regalos que para tales ocasiones tienen tales personas: sintiendo que entraba su hermano, detuvo algo turbada el paso. Detúvose tambien Celio, y cuando ya Diana salia, Octavio habia entrado en la recámara. Quedó atrás Celio, y poniendo ella los ojos en él sacó todos los deseos del alma á los colores del rostro, con tan grande aumento de su hermosura como flaqueza de su ánimo. Celio cuanto pudo se llegó á ella, que fué lo más que pudo con su turbado atrevimiento, y al pasar Diana le dijo: «¡Qué deseada tenia yo esta visita!» A quien ella respondió con agradable rostro: «No estais engañado.» Aquí me acuerdo, señora Leonarda, de aquellas primeras palabras de la trajedia famosa de *Celestina*, cuando Calisto le dijo: «En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.» Y ella responde: «¿En qué, Calisto?» Porque decia un gran cortesano que si Melibea no respondiera entónces «¿en qué, Calisto?» que ni habia libro de *Celestina*, ni los amores de los dos pasaran adelante. Así, ahora en estas dos palabras de Celio y nuestra turbada Diana se fundan tantos accidentes, tantos amores y peligros, que quisiera ser un Heliodoro para contarlos, ó el celebrado autor de la *Leucipe*, y el enamorado Clitofonte. Admirado Celio de la respuesta amorosa, donde la esperaba tan áspera en castigo de su atrevimiento, quedó como fuera de sí entre la animosa esperanza y la grandeza de la empresa. Entró en la recámara disimulado, y habló con Octavio fingido, alabándole las armas, el deseo y cuidado con que estaban puestas las espadas de diversos maestros, cortes y guarniciones, de que tenia muchas. Hizo Celio armar de la gola al tonelete á Octavio, y él se armó de unas armas negras. Concertaron de ensayarse para un torneo. Notables invenciones tiene amor para hallar lugar á sus esperanzas, pues con ella le tuvo para venir á su casa de Octavio muchas veces, y Diana tambien para verle y desearle, y para que un dia dichoso, al parecer de entrambos, pudiese darle un papel con una sortija de un diamante. Diana le recibió con notables muestras de agradecimiento y gusto, y después de haberse escondido de todos, le besó y leyó mil veces, que decia así:

PAPEL DE CELIO Á DIANA.

«Hermosísima Diana: no culpes mi atre»vimiento, pues todos los dias ves en tu es»pejo mi disculpa. Yo no sé por qué ventu»ra mia vine á verte; pero te puedo jurar, »por tus hermosos ojos, que ántes de verte »te amaba, y que pasando por tus puertas »se me turbaba el color del rostro, y me de»cia el corazon que allí vivia el veneno que »habia de matarme; ¿qué haré ahora, des»pués que te ví y que me aseguraste de que »agradecias este amor, que por ser tan jus-

»to, está á peligro de no ser agradecido? Pe-
»ro en confianza de aquellas palabras, que
»apénas creen mis oidos que fueron tuyas, si
»no les asegurasen los ojos de que te vieron
»cuando las decias, y el alma de la novedad
»y ternura que sintió oyéndolas, que me des
»licencia para hablarte, que no sé si tengo
»qué decirte; pero si me la concedes, sabrás
»que te aseguras de tu honor y que te ven-
»gas de mi atrevimiento.»

¡Qué poco há menester la voluntad, á quien conciertan las estrellas para corresponder á la que desea! No se puede encarecer con palabras lo que sintió de las que esta carta le dijo á los oidos del alma el enamorado Celio: y así, contenta y enternecida Diana, más de la verdad y llaneza que del artificio del papel, le respondió así:

«Celio: mi hermano Octavio tuvo la cul-
»pa de amaros con los encarecimientos de
»vuestra persona y partes; perdónese á sí
»mismo de haberme puesto en obligacion de
»tanto atrevimiento. En lo más, que es ama-
»ros como mi estado puede, yo os obedezco;
»en daros lugar á hablarme, no es posible;
»porque los aposentos donde duermo caen
»á los corrales de unas casillas de alguna
»gente pobre, y por ninguna cosa del mun-
»do me atreveré á dar disgusto á mi madre
»y hermano, si tan desigual libertad de mis
»obligaciones llegase á sus oidos.»

No le faltó ocasion para dar este papel á Celio, ni él la tuvo en su vida de tanto gus-

to; porque sabia que en las casillas que le decia, vivia el ama que le habia criado. Hízole dos ó tres visitas, y la última fué rogarle que se fuese á vivir á su casa en mejores aposentos; porque se dolia que estuviese tan mal acomodada. Ella, pensando que le obligaba el amor del pecho en el conocimiento de mayores años, fué fácil de persuadir y de pasarse. Quedó Celio con la llave de aquellos aposentos, y mostrándosela á Diana, le daba á entender por señas que ya estaban por suyas, y ella segura de sus temores. Vino la noche, y Celio fué á ver si su sol amanecia, que con no menor cuidado, en sintiendo pasos en los corrales, cuyos ecos se hacian en su alma, abrió una ventana, y luego una celosía, poniendo el rostro en el marco, llena de amor y de miedo. Reportado Celio de la primera turbacion y desmayo, que le habia cubierto de dulce sangre el corazon y de alegría los ojos, le dijo tan tiernas, tan suaves, tan enamoradas razones, que apénas acertaba Diana á responderle, porque oprimia la lengua la vergüenza, y la novedad escurecia el entendimiento. Allí los halló el alba, que él apénas la esperaba después del sol, y ella como desde alto le miraba. Pasaron desta suerte algunos dias, sin atreverse á más que á encarecimientos de su amor y sentimientos de su soledad en su ausencia. Distaba la ventana del suelo catorce ó diez y seis piés, con cuya ocasion Celio le pidió licencia una noche para subir á ella. Diana fingió que se

enojaba mucho, y no pesándole de la licencia, le preguntó cómo habia de traer una escalera á una casa en que ya no vivia nádie, sin grande escándalo. Celio respondió que, como ella le diese licencia, él subiria sin traerla. Concertáronse los dos con pacto que no habia de pasar de la ventana ¡Oh amor, qué de cosas niegas que deseas! Bien haya quien te entiende. Sacó una escala de cuerda Celio, que algunas noches habia traido para la que tuviese dicha, y alcanzando un palo, que no sin malicia estaba cerca, ató en él los cabos, y arrojándole á la ventana, después de haberla prevenido, le dijo que le atravesase en ella. Ella, toda turbada, le acomodó temblando; y apénas Celio le halló firme, cuando fiando á los pasos portátiles el cuerpo, se halló en las manos de Diana, que con la disculpa de tenerle, para que no cayese, se las previno. Besábaselas Celio con la misma del cuidado, agradecido á su salud y vida, que es amor tan cortesano que lo que hace por necesidad, vende por agradecimiento. Miraron por todas partes cuidadosamente, temerosos de que la ventana podia ser vista, y asegurados de que era imposible, ó porque ellos deseaban que no se lo pareciese, más cerca se descubrieron las voluntades y los principios de los deseos amorosamente, cual suelen las enamoradas palomas regalar los picos y con arrullos mansos desafiarse. Algunas noches duró en estos amantes la conversacion referida secre-

tamente, porque Diana no daba lugar á lo que Celio con eficaces ruegos pretendia y con juramentos exquisitos le aseguraba. Aquí se me acuerdan las líneas del amor, escritas de Terencio en su *Andria*; ya Celio de las cinco tenia las cuatro: notablemente le atormentaba el deseo; ¡qué retórico se mostraba! ¡qué ánsias fingia! ¡qué promesas! ¡qué encarecimientos buscaba! ¡qué dulce representante de sus penas variaba la color del rostro, y se quejaba en consonancias tiernas! Pidióle, finalmente, un dia tan resueltamente licencia para entrar dentro, que habiendo callado Diana, con poca resistencia de su parte estuvo en su aposento, y puesto de rodillas, le pidió con fingidas lágrimas perdon de su atrevimiento. Dígame vuestra merced, señora Leonarda: si esto saben hacer y decir los hombres, ¿por qué después infaman la honestidad de las mujeres? Háceulas de cera con sus engaños, y quiérenlas de piedra con sus desprecios. ¿Qué habia de hacer Diana en este atrevimiento? ¿Era Troya Diana, era Cartago ó Numancia? ¡Qué bien dijo un poeta:

"Tardóse Troya en ganar;
Pero al fin ganóse Troya!"

Desmayóse la turbada doncella; Celio la recibió en sus brazos y puso con respeto y honestidad en su cama, donde sirvieron sus propias lágrimas de agua para el desmayo y de fuego para el corazon; porque á la ma-

nera de los que medio despiertos las noches del invierno sienten que llueve, así Diana entre el sueño del desmayo y lo despierto de la voluntad, sentia las lágrimas de Celio sobre su rostro. Vuelta de todo punto deste accidente, la volvió á pedir perdon, que no pudo negarle, porque ya le pesaba que se le pidiese; pero rogándole que le cumpliese la palabra que le habia dado, luégo que entró en su aposento, de que se iria sin ofensa de su honor y de su gusto. Celio, que ya no la podia obedecer, ni creia que la resistencia seria mayor que la ocasion, dispúsose á ser Tarquino de ménos fuerte Lucrecia, y entre juramentos y promesas venció su fama, quedando en justa obligacion de ser su esposo. Aquí los dos confirmaron de nuevo su amor, no sucediendo á Celio lo que al forzador de la hermosa Tamar; porque creció su deseo la ejecucion, y no dejó la hermosura entrar el arrepentimiento.

Luego se conoció en el alegre caballero su buena dicha, pues con su poca hacienda dió librea á sus criados, que cuando amor gana, ni es escaso del barato, ni piensa que puede volver á perder lo que una vez posee. Preguntóle á Diana Celio si su madre venia á su aposento algunas veces, y ella le dijo que nó; con que tomó licencia de quedarse en él algunos dias, y ella de retratarle en su pecho con más espacio, de suerte que ya no pudo dejar de decírselo, y con muchas lágrimas mostraba estar arrepentida, temien-

do que Lisena y su hermano conocieran por tan público efecto la infamia de la causa. A esto se le llegaba lo que se diria en toda la ciudad de su recogimiento y apariencias, y entre sus parientas y amigas, que á la hipocresía de su honestidad tenian empeñado el crédito. Celio le proponia los caminos que habia para remediar el daño, que el de matar el hijo no cayó en su pensamiento; pero viendo que pedirla por mujer era enemistarse con Octavio, y que no se la habia de dar, por ser tan pobre, se determinaba á pedirla por juez eclesiástico; mas ella resistia á este consejo, con parecerle que lastimaba más su honra, pues descubria amores y conciertos para este efecto. Si mirasen á este fin las doncellas nobles, no darian tan desordenados principios á sus desdichas. Dejó finalmente Celio en manos de Diana su determinacion, por no faltar á la amistad de Octavio, pidiéndola por mujer, y porque ella no consentia en que la justicia interviniese á su casamiento. Mil veces se maldecia Diana por haber dado lugar á Celio en su deshonra, puesto que le amaba tiernamente, y como dice en su lenguaje el vulgo, via luz por sus ojos. El, entre tantas confusiones, ya en una determinacion, ya en otra, porque un ánimo dudoso fácilmente se muda de un consejo en otro, como lo dijo Séneca, resolvióse á decirle un dia que si se resolvia á dejar la casa de su madre, que él la llevaria á las Indias y se casaria con ella: la deses-

peracion de Diana fué tanta, que aceptó el partido, y le pidió llorando que la llevase donde no viese los extremos de su madre ni las locuras de su hermano, aunque en el primero monte la matase. Celio, por ventura no ménos arrepentido, puso los ojos en el peligro, y aconsejado del temor, dió traza en la partida, porque ya se le conocia á Diana el nuevo huésped del pecho, que como era la casa propia, se iba ensanchando en ella. Tenia Celio dos hermosos caballos, que le servian de rua y de camino; el uno aderezó de brida, y en el otro hizo poner un rico sillon, y con gran cuidado dos vestidos de camino de un color y guarnicion, uno para él y otro para Diana. Estuvo Celio algunas noches con ella, diciéndole todo lo que prevenia para su partido, de que recibia notable gusto; porque imaginaba que se excusaba de tan graves pesadumbres; y considerando que no habia de volver más á su casa y deudos, no quiso dejar de aprovecharse de algunas cosas, así por esto como por lo que podia sucederle, que es vária la fortuna y pocas veces favorece á los amantes fuera de sus patrias. Tomó á Lisena las llaves y sacó de sus cofres las más ricas joyas que tenia, con alguna cantidad de escudos; y así juntos, los puso y guardó en un cofrecillo que tenia desde sus tiernos años.

Llegó la noche en que habia de partirse, y Celio se vistió aquel dia muy galan, de negro, para mayor seguridad de Octavio;

pero, como si le hubieran dicho su intento, no se apartó dél un punto, aunque le dijo dos ó tres veces que tenia que hacer cosas forzosas. Ya eran las nueve, y Octavio no se apartaba del lado de Celio, y queriendo por fuerza irse, con notable y extraordinaria importunacion le llevó consigo; entraron en una casa de juego, destas donde acude la ociosa juventud; unos juegan, otros murmuran y otros se olvidan de los cuidados de sus casas, que con la seguridad de que no han de venir, no suelen estar solas. Celio, cercado de un temor triste, porque si le dejaba, habia de enviar algun paje para saber dónde iba, y si le esperaba, habia de perder la ocasion de sacar á Diana, resolvióse á la paciencia y disposicion de la fortuna, pareciéndole tambien que seria bastante disculpa para Diana el no haberse podido apartar de Octavio.

Diana, que no estaba descuidada de lo que habia de hacer ni de lo que habia de llevar, vistióse las nuevas galas, y tomando las llaves secretamente, se puso á esperar á Celio en un balcon que sobre la puerta habia. Dieron las doce, hora en que siempre venia su hermano de jugar ó de otros pasatiempos juveniles, y estando llena de mortales sospechas y congojas, vió con la claridad de la luna venir un hombre de buen talle y disposicion con un sombrero de tafetan de falda grande, pluma blanca y alguna cosa de oro, que como trancelin

de diamantes á su parecer resplandecia; y así en eso como en lo demás le pareció á Celio. Pasó el hombre sin advertir en nada, y ella, temorosa y ciega, le ceceó dos veces; volvió el hombre el rostro, y viendo tan buena traza de mujer y en casa tan principal, acercóse á ella sin hablarla, con miedo de lo que podia sucederle. Diana le dijo entónces: «¿Es ya hora?» y él respondió: «Cualquiera es buena.» Entónces, sin advertir en su voz, con la engañada imaginacion de la que esperaba, le dió el cofre, diciendo: «Aguardad á la puerta.» El hombre, conociendo que el recado no venia para él y que la mujer aguardaba á otro, ciego de la codicia, se fué huyendo, temoroso de que si ella se desengañaba, daria voces. Diana, sin hacer ruido, llegó á la puerta, abrióla con gran recato, y no viendo á Celio, parecióle que por más seguridad se habia ido la calle arriba, y siguiendo su engaño, salió fuera de la ciudad, donde viendo tan solos los campos y los árboles, se quiso volver mil veces; pero temiendo que ya en su casa estaria su hermano, y que con haber hallado la puerta abierta, toda seria confusion y alboroto, no creyendo que Celio, caballero tan principal, tan enamorado y tan obligado, se infamaria en la codicia de aquellas joyas, viendo que ya daban las dos de la iglesia mayor, pasó la puente de Alcántara y comenzó á caminar por la aspereza de aquellas peñas, aunque cubierta de un sudor

mortal y de mil pensamientos y sospechas, apartándose lo más que podia del camino real, hasta llegar á un monte, donde mil veces estuvo por quitarse la vida, si no lo impidiera el justo temor de perder el alma. Los caballeros que jugaban, en esto y algunos disgustos, que nunca al juego faltan, estuvieron hasta las tres de la noche divertidos. A esta hora se fué Octavio á su casa y le acompañó Celio, procurando al despedirse que le oyese Diana, para que aquello fuese disculpa de su tardanza. Admirado Octavio de que su puerta no estuviese cerrada á tales horas, satisfizo á sus voces un criado que por agradarle y haberle sentido estaba abierta. El criado buscó las llaves, y no habiéndolas hallado, se estuvo en vela hasta que con él mismo se levantó Octavio, primero que la mañana; y habiéndole hallado despierto le respondió que el no haber tenido con qué cerrar la puerta le tenia allí; porque del lugar en que solian estar siempre, le faltaban las llaves. Receloso Octavio del criado, hizo llamar en el aposento de una dueña, mujer de virtud y confianza, y preguntándole por las llaves, y ella, medio dormida admirándose, dieron causa á que el resto de la casa se alborotase y una doncella entrase en su aposento de Diana, que no hallándola en él, y la cama compuesta, por alguna sospecha que traia, dijo llorando: «¡Ay mi señora y mi bien! ¿por qué no llevastes con vos á vuestra desdichada Florin-

da?» La madre y el hermano entraron á estas voces, y conociendo que faltaba Diana de su casa y de su honra, Lisena cayó en tierra, y Octavio sin color, con turbadas razones examinaba á los criados, mirando á todas partes como loco. Florinda sólo dijo que tres ó cuatro dias la habia visto llorar tan tiernamente, que aunque estaba tratando de otras cosas, se le caian de los ojos las lágrimas con entrañables suspiros y congojas. Ya estaba declarado el dia y el daño, cuando enviaron á dos monasterios donde tenia Diana dos religiosas tias; en todos respondieron que no sabian della, y asimismo todas las parientas y amigas, de quien en un instante toda la casa estaba llena. Deste rumor, destas voces y destas diligencias salió la fama por la ciudad, y los envidiosos amigos, si hay amigos envidiosos, comenzaron á decir que Celio se la habia llevado, y aun otros á afirmar que la habian visto. Feniso, criado de Celio, oyó esto en los corrillos del Ayuntamiento y en la nave que llaman de San Cristóbal, y siendo hombre de buena opinion osó decir que mentia cualquiera que hubiese dicho que Celio habia hecho semejante traicion á Octavio; y volviendo las espaldas á los murmuradores, iba diciendo: «A las tres de la noche se apartaron Celio y Octavio, y yo dejo á Celio durmiendo, que vendrá presto á volver por su honra.» Despertó Feniso á Celio, que, oyendo lo que pasaba, quedó fuera de sí por

largo espacio, y conociendo cuánto le convenia volver por su persona, se vistió apriesa, y con turbados pasos y descolorido rostro pasó por todas las partes donde Feniso le dijo que le culpaban, de cuya vista quedaron los que le murmuraban corridos, atribuyendo su tristeza á la amistad que tenia con Octavio, tan conocida de todos. Hallóle Celio en el portal de su casa, y mirándose los dos, estuvieron así parados sin hablarse, sintiendo cada uno su dolor, que aunque era grande en Octavio, era mayor en Celio. Esforzóse cuanto pudo, y tomándole las manos á Octavio, que le temblaban, convertidas en hielo, le dijo: «¿Qué me pudiera haber sucedido que me diera tanta pena, aunque hubiera perdido la honra? ¡Ay, Octavio, que vuestro dolor me tiene traspasada el alma!» Octavio, aunque valiente caballero, se desmayó en sus brazos, enternecido de verle con lágrimas en los ojos. Lleváronle á su aposento, donde á los sentimientos de Celio volvió en su primer acuerdo. Aquí, fingido el culpado, le preguntaba eficazmente las diligencias que se habian hecho. Todo lo refirió Octavio por extenso, y Celio dijo que pues en la ciudad no estaba, seria bien acudir por todos los caminos á buscarla, y que él seria el primero. Y esforzando á Octavio, le dió la palabra de no volver á Toledo sin ella ó saber que hubiese parecido, y dándole los brazos, se fué á su casa, donde, como estaba apercibido, halló fácil-

mente en qué partirse, y siendo ya de noche, con solo su criado Feniso salió de la ciudad, llorando y pidiendo al cielo que le guiase á la parte donde Diana estaba, con tales suspiros, enamoradas ánsias y congojas, que enternecia las peñas y los árboles, y en los montes por donde corre el Tajo respondian los ecos.

Diana amaneció en un valle, cortado por varias partes de un arroyo que entre juncos y espadañas mostraba pedazos de agua, como si se hubiera quebrado algun espejo; sentóse un poco, y habiendo bebido y refrescado el pecho de las congojas de tan afligida noche, mientras se descalzaba para pasarle, dijo así: «¡Ay, vanos contentos, con qué verdades os pagais de las mentiras que nos fingís! ¡Cómo engañais con tan dulces principios, para cobrar tan breves gustos con tan tristes fines! ¡Ay, Celio! ¿quién pensara que me engañaras? Mira lo que paso por tí, pues he llegado, por haberte querido, hasta aborrecerme; pues no hay cosa ahora más cansada para mí, que esta vida que tú amabas; pero bien creo que si me vieras, te lastimara el alma lo que paso por tí. Miró á este tiempo sus mismos piés, y acordándose cuán estimados eran de Celio, enternecida, no pasó el arroyo, y llorando, se quedó un rato medio dormida al son del agua y de la voz de un pastor, que no léjos de donde ella estaba cantó así:

«Entre dos álamos verdes,
Que forman juntos un arco,
Por no despertar las aves,
Pasaba callando el Tajo.
Juntar los troncos querian
Los enamorados brazos,
Pero el envidioso rio
No deja llegar los ramos.
Atento los mira Silvio
Desde un pintado peñasco,
Sombra de sus aguas dulces,
Torre de sus verdes campos.
Esparcidas las ovejas
En el agua y en el prado,
Unas beben, y otras pacen,
Y otras le están escuchando.
Quejoso vive el pastor
De las envidias de Lauso,
Más rico de oro que el rio;
Mas nécio en ser porfiado,
Así le aparta de Elisa,
Como á los olmos el Tajo,
Fuerte en dividir los cuerpos,
Mas nó las almas de entrambos.
Tomó Silvio el instrumento,
Y á las quejas de su agravio,
Los ruiseñores del bosque
Le respondieron cantando:
«Juntaréis vuestras ramas,
Alamos altos,
En menguando las aguas
Del claro Tajo;
Pero si hay desdichas

Que vencen años,
Crecerán con los tiempos
Penas y agravios.»

Vuelta en sí Diana y temerosa, pareciéndole, ó que la seguia su hermano, ó que aquel que cantaba le diria por dónde iba, siguió descalza la márgen del arroyo, y cuando le pareció que estaba más segura y que ya no se via el agua, porque á la falda de un montecillo se dividia, volviendo á cubrir sus piés, caminó poco á poco, sin más sustento que el agua que por la mañana le dió el arroyo, hasta que la escuridad de la noche le cerró el paso. Cayóse desmayada entre unos hinojos, y como no tenia quién la consolase ni ayudase, en el mismo desmayo se durmió y reposó algun espacio, y con más acuerdo esperó el dia, atónita del temor que le causaban cerca las voces de algunos animales y el descompuesto ruido de algunas fuentes, que bajaban de aquellas peñas, siempre mayor en el silencio de la noche. Dolióse de su temor el alba, ó envidiosa de sus lágrimas, salió más presto; con la cual, esforzando la femenil flaqueza y solo deseando morir, caminó por donde le parecia que á un desesperado fin llegaria más presto. Ya estaba el sol en la mitad del dia, cuando pareciéndole que ofendia más al cielo en dejarse morir, entre unos verdes árboles halló una fuente, y en su guarnicion algunas yerbas, que comió con lágrimas, y roga-

da de la fuente, templó al ardor del corazon, y volvióle el agua por los ojos. Desta manera caminó tres dias, al fin de los cuales, saliendo de una esperura á un campo raso, perdió las fuerzas, y arrimada á un árbol, vió léjos un mancebo pastor, que hablando con una serrana, parece que venia hácia donde ella estaba. Allí le pareció á Diana que ya todo el mundo sabia la causa por qué habia dejado la casa de sus padres, y que hasta aquellos pastores venian á reñirla y afearla los amores de Celio. Dejóse caer al tronco sobre los verdes céspedes, y con mortales y traspasados ojos perdió la vista. El mancebo, que más reparaba en agradar su villana, y en pensar que no le oian en aquel sitio más que las aves, que le acompañaban, comenzó á cantar así; y vuesamerced, señora Leonarda, si tiene más deseo de saber las fortunas de Diana que de oir cantar á Fabio, podrá pasar los versos deste romance sin leerlos, ó si estuviere más despacio su entendimiento saber qué dicen estos pensamientos quejosos, á poco ménos enamorada causa:

«¡Ay verdades, que en amor
Siempre fuísteis desdichadas!
Buen ejemplo son las mias,
Pues con mentiras se pagan.
Cuando traté con engaño
Tu verdad, Fílis ingrata.
¡Qué de quejas ví en tu boca,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Qué de perlas en tu cara!
¡Oh, cuántas noches que dije,
Cuando á mi puerta llamabas:
«En vano llama á la puerta
Quien no ha llamado en el alma!»
Mis pastores te decian:
«No está Fabio en la cabaña;»
Y estaba diciendo yo:
«¿Para qué busca quien cansa?»
A tus quejas solamente
Daban respuesta las aguas,
Porque murmuraban, Filis,
Que nó porque te escuchaban.
Acuérdome que una noche
Me dijiste con mil ánsias:
«Déjate, Fabio, querer,
Pues que no te cuesta nada.»
No quiero yo que me quieras;
Que como el amor es alma,
Nunca ví mujer discreta,
Que la quisiese forzada.
En el umbral de tu puerta
Reñíamos hasta el alba,
Tú porque habia de entrar,
Yo por no entrar en tu casa.
«Castiguen, Fabio, los cielos,
Dijiste desesperada,
El fuego con que me hielas,
El hielo con que me abrasas.»
Porfiaste, hermosa Fílis:
Todo el porfiar lo acaba;
Que quien piensa que no quiere,
El ser querido le engaña.

En el trato y en el tiempo
Nádie tenga confianza,
Porque pasan sin sentir,
Y se sienten cuando faltan.
Tanto te vine á querer,
Que juntos nos envidiaban,
La luna al bajar la noche,
El sol al subir el alba.
Los prados, montes y selvas,
De oirnos se enamoraban;
Verdes lazos aprendian
Las hiedras enamoradas.
Mas bajando en este tiempo
De las heladas montañas
Silvio, tu antiguo pastor,
Trajo de allá tu mudanza.
No perdiste la ocasion,
Pues cuando yo te adoraba,
De mis pasados desdenes
Quisiste tomar venganza.
Fílis, yo muero por tí:
Confieso que se me pasan
En tus umbrales las noches,
Los dias en tus ventanas.
No llamo, porque imagino
Que has de responder airada:
«¿Para qué llama á la puerta
Quien no ha llamado en el alma?»
Si finjo que no te miro,
Es invencion de quien ama;
Que cuando tú no me miras,
Hago espejo de tu cara.
Prendas que me dabas, Fílis,

Y de que yo me enfadaba,
Ahora las visto y pongo
Sobre los ojos y el alma.
No te encarezco mis penas,
Por no dar gloria á la causa,
Hasta que yo las padezca
Sin que tú tomes venganza.
No quieras más de que son
Mis locuras de amor tantas,
Que vengo á poner la boca
Adonde los piés estampas.
Mas, con todo lo que digo,
No pienso hablarte palabra,
Que en celos que se averiguan
Las amistades se acaban.»

Decia Fabio muy bien, porque después de celos averiguados, es infamia amar, con el ejemplo de tantos animales como escriben Plinio y Aristóteles, aunque hay hombres que ántes de los agravios no aman, sirviéndoles de apetito lo que á otros de aborrecimiento. Esto, en fin, cantaba aquel villano á la serrana referida, que no con ménos gusto que soberbia le escuchaba. A los finales destos versos se hallaron los dos entre los árboles, donde Diana estaba fuera de sí, y en su imaginacion haciendo varios discursos de sus desdichas: ya culpaba á Celio, ya le parecia imposible que tan principal caballero, tan bien nacido, tan discreto y galan, hubiese faltado á sus obligaciones; ya culpaba su precipitado amor, que con tan fácil pensa-

miento salió á buscarle; y entre estas dudas le atormentaba más el pensar si por ventura era de Celio aborrecida, que como imaginara que estaba en su gracia, no estimara sus desdichas ni pensara que lo eran, aunque fueran mayores, si era posible que lo fuesen para una mujer sola y señora, que caminaba tanta tierra por la aspereza de los montes, sin sustento y sin esperanza de hallar el fin de su amor sin el de su vida. Admirados quedaron los pastores de ver entre aquellas ramas tal prodigio de hermosura, desmayada, descalza y rendida, más á la verdad de la muerte, que al sueño, que la retrata. Llamóla dos ó tres veces la pastora, y viendo que no respondia, sentóse junto á ella, teniéndola por muerta ó que ya le quedaba poca vida. Tomóle las manos, y viéndoselas tan frias como blancas, porque tuviesen todas las calidades de la nieve, miróla al rostro, y viendo tanta belleza y hermosura en tal desmayo, púsole la cabeza sobre las faldas, desviándole los cabellos, que ya sin órden discurrian por él hasta la garganta, como libres de quien los ataba y prendia en otro dichoso tiempo; venganza de los ojos, á quien habian puesto en su prision y cárcel. Pues como la cabeza de Diana á una y otra parte se dejase caer tan fácilmente, comenzó la pastora un tierno y lastimoso llanto, creyéndola por muerta. A esta descompostura y el sentimiento del labrador, que amaba á lo cortesano, despertó Diana de todo

punto, y aunque no dándoles esperanzas de su vida, les sosegó las quejas y suspendió las lágrimas, si bien con un ¡ay! tan doloroso, que poniéndose las manos sobre el corazon, como que le apretaba, volvió á quedar, como primero, rendida. La hermosa Fílis entónces, valiéndose del mismo remedio, comenzó á darle lugar con desnudarla, y el villano con traer agua de la fuente, que sobre su rostro formaba lágrimas ó perlas; pero de tal suerte, que las de sus claros ojos parecian finas y las de la fuente falsas. Dióles las gracias Diana, y preguntándole ellos la causa de su mal, les dijo que habia caminado sin comer tres dias. Entonces sacó Fílis de su zurron lo que vuesamerced habrá oido que suelen traer, en los libros de pastores; y esforzándose Diana á comer á su ruego, fortificó la flaqueza con templanza, y sintió el desmayado cuerpo algun alivio. Miéntras comia Diana, le preguntaba Fílis quién era y de dónde venia, y por qué causa, admirándose que los lobos, que venian de las montañas en seguimiento de los ganados hasta la raya de Extremadura, no la hubiesen quitado la vida aquellas noches. Aquí entraron los conceptos de que hasta los animales bárbaros la aborrecian como veneno, y que de temor de su muerte, no se la dieron. Viendo Fílis las razones desesperadas de Diana, que se inclinaba al monte y que queria acabar en él la vida, la persuadió que se fuese con ella al cortijo y hacienda de su padre; y supo persuadirla con tan efectivas razones y muestras de amor tan grandes, que Diana se dió por vencida de su cortesía y voluntad, considerando que seria remedio de lo que llevaba en sus entrañas, á que miraba con atencion natural, cuando más aborrecia su vida. Fuése con los pastores y fué bien recibida, aunque al principio Selvagio, padre de Fílis, y por ventura tan rústico en aquella edad como su nombre, no estuvo gustoso de tenerla en su casa; pero después, obligado de su hermosura y humildad, y por gusto de su hija, mostró algun contento.

Celio, desde que salió de la imperial Toledo, sin más camino que su amor, en el primero monte se quejó á gritos; y considerando que por su causa Diana habia dejado su casa, madre, hermano, parientes, amigas, descanso y patria, y en los trabajos que por ventura ó por desdicha estaba, estuvo cerca de perder la vida. En seis dias no entró en poblado, pagando los caballos su tristeza, pues de solas yerbas del campo se mantenian. Vió Feniso de léjos un pueblo, que casi encubrian algunos árboles, á cuyo pesar se mostraban dos altas torres, en cuyas pizarras y azulejos el sol resplandecia. Persuadió á Celio que fuesen á él; y llegados, se informaron de las personas que les podian dar razon de la perdida prenda; mas ni en este lugar ni en otros muchos que á diez y veinte leguas de Toledo anduvieron por espacio de un mes, fué posible hallar

señas. Y viniéndole á la imaginacion á Celio que, como eran los conciertos irse á las Indias, pudo Diana haber topado quien la llevase á Sevilla: así, presumiendo hallarla, como por alejarse de su tierra, resolvióse á ver si en aquella insigne ciudad estaba. Iba Celio tan desfigurado de no comer y de dormir en los campos, que pudiera seguramente volver á Toledo sin ser conocido. En llegando á Sevilla, hizo tales diligencias, cuales se pueden presumir de un hombre tan enamorado y con tantas obligaciones; pero el no hallar á Diana ni quien áun por engaño le diese señas, no le dió tanto enojo como el ver que la flota de Indias era partida, porque presumia Celio que en ella iba Diana, conociendo su amor, valor y ánimo. Quiso su fortuna que hallase sólo un navío que un tratante habia fletado, y que no se habia de partir hasta diez ó doce dias; hablóle Celio, y concertado con él que le pasase, el patron lo aceptó, y hecha entre los dos grande amistad, comió con él algunas veces, preguntándole en las ocasiones que se ofrecian la causa de su tristeza, aunque Celio se excusó siempre, diciendo que por no aumentarla con la memoria de algunos tristes sucesos no se la decia; y así, llegado el tiempo de partirse, zarpó el navío, y con una pieza de leva se alargó al mar, alejándose Celio más de Diana, cuanto imaginaba que iba más cerca; pero las esperanzas de cobrar el bien, aunque sean enga-

ñosas, no dañan, porque entretienen la vida.

Octavio en Toledo pasaba afrentosamente la suya, y con mayor tristeza, porque no sabia de cuantos buscaban á Diana, parientes ni amigos, nueva alguna en que pudiese tenerse la flaqueza de la esperanza; y viendo que Celio no volvia, dió en presumir que habia sido concierto de entrambos el salir ella primero y él despues con ocasion de buscarla; pero quitóle esta imaginacion la fama de alguna gente que discurria por la ciudad, diciendo que le habian visto con Feniso por algunas aldeas solo, buscándola con notable cuidado. Sosegóse Octavio, así por esto, como porque su madre le disuadia deste pensamiento, temiendo que si le creia, los habia de perder á entrambos:

Dos meses habia estado Diana en el cortijo de aquellos honrados labradores bien regalada de Fílis, cuando llegó su parto, que fué de un hermoso hijo, para que no pudiese quejarse, como en Virgilio la despreciada Dido del fugitivo Enéas.

«Si me quedara de tí
Un Enéas pequeñuelo,
Antes que el airado cielo
Te dividiera de mí;
Que por mi casa jugara
Y tu rostro pareciera,
Ni mis engaños sintiera,
Ni por tu ausencia llorara.»